

ahí á dos días habíamos de llegar, no sabían qué hacerse: y acaso dijo don Luis de Mercado á la señora doña Ana de Peñalosa, su hermana, (de quien se habia escondido el padre vicario, y no díchole nada desto):—Hermana, bueno sería, pues ya están las religiosas en el camino, que mirase si podrian apearse aquí en nuestra casa, dándoles un pedazo en que estén de por sí, hasta que hallen un rincon en que meterse.

18. La buena señora, que habia dos años que no salia de un oratorio, con grande sentimiento de su viudez y de la muerte de sola una hija que tenía, luégo se comenzó á alentar (segun ella nos cuenta), y con grande priesa comenzó á aderezar su casa, y á componer todo lo necesario para la iglesia y nuestro acomodamiento, que nos le hizo harto bueno, aunque con estrechura, por la poca casa que habia. Llegamos día de San Fabian y San Sebastian, á las tres de la mañana, que por el secreto convino venir á esta hora: hallamos á la santa señora á la puerta de la calle, donde nos recibió con mucha devocion y lágrimas.

19. Nosotras las derramábamos cantando un *Laudate Dominum*, con harta alegría de ver la iglesia y postura, que tenía en el portal; aunque como no habia licencia del arzobispo, yo pedí se cerrase, y á los padres que estaban allí con el padre vicario, que no tratasen de tocar campana, ni decir misa en público ni en secreto, hasta que tuviésemos el beneplácito del arzobispo, que esperaba en Dios lo daría luégo.

20. Enviéle un recaudo, diciendo nuestra llegada, y suplicándole nos viniese á dar su bendiccion, y á poner el Santísimo Sacramento; porque aunque era fiesta, no oiríamos misa, hasta que lo ordenase su señoría. Respondió con mucho amor, diciendo: «Fuésemos bien venidas, que él se holgaba mucho dello, y quisiera poderse levantar para venir á decir la primera misa; mas que por estar malo, enviaba su provisor que la dijese, é hiciese todo lo que yo quisiese.

21. Y así llegando el provisor, que fué aquella mañana á las siete, le pedí dijese misa y nos comulgase á todas, dejándonos puesto de su mano el Santísimo Sacramento: él lo hizo luégo con mucha solemnidad. Estaban estos señores oidores en nuestra iglesia, y tanta gente, que era su admiracion haberlo sabido tan presto, porque á las ocho del mismo día que

llegamos ya estaba puesto el Santísimo Sacramento, y diciéndose más misas.

22. Venía toda Granada, como si vinieran á ganar jubileo, y á una voz decían que éramos santas, y que habia Dios visitado esta tierra con nosotras. Este mismo día fué don Luis de Mercado y el licenciado Laguna á visitar al arzobispo, que estaba malo de la turbacion del rayo, que habia caido dos noches habia, y halláronle echando chispas porque habíamos venido: dijéronle, que si tanto le pesaba á su señoría, ¿para qué habia dado licencia, que ya estaba hecho el monasterio? Respondió: No pude hacer ménos, que harto forcé mi condicion, porque no puedo ver monjas; mas no las pienso dar nada, que aún á las que tengo á mi cargo no puedo sustentar; y así comenzamos á gozar de dichos, y de hechos de nuestra pobreza.

23. Porque aunque la señora doña Ana nos hacia limosna, era con mucha limitacion, y de los demás ninguno acudia por vernos en su casa, donde acudian tantos pobres, y se daban muchas limosnas á casi todos los monasterios y hospitales desta tierra, y así entendian no pasaríamos nosotras ninguna necesidad, y pasábamosla de manera, que muchos días no nos pudiéramos sustentar con lo que esta señora nos daba, si de los Mártires no nos ayudáran nuestros padres Descalzos con algun pan y pescado; aunque tambien ellos tenían poco, por ser año de tanta hambre y esterilidad, que se padecia en el Andalucía grandísima.

24. Ropa para dormir teníamos tan poca, que no habia más de la que trajimos por el camino: era tan poca, que solas dos, ó tres, podian dormir en ella, y así andábamos á noches, quedándose la más sobre unas esteras, que estaban en el coro; y esto nos daba tanto contento, que por gozarlo, no manifestábamos la necesidad que teníamos, ántes procurábamos ocultarla, en especial á esta santa señora, por no cansarla, y ella como nos veia tan satisfechas y contentas, y nos tenía en figura de buenas y penitentes, no advertia habíamos menester más de lo que nos daba. Pasamos así lo más del tiempo que estuvimos en su casa, que fueron siete meses.

25. En todos ellos desde el primer día tuvimos muchas visitas de la gente más grave y religiosos de todas las Ordenes, que no trataban de otra cosa sinó de la temeridad que era co-

menzar estas casas con tanta pobreza, y sin fundamento de comodidades humanas. Nosotras les decíamos, que por eso gozábamos más de las divinas, y que en confianza de la experiencia del cuidado y providencia de Dios, que tan probada teníamos en nuestros conventos, no nos daba cuidado comenzarlos así, ántes deseábamos no se hiciese ninguno de otra manera, porque teníamos ésta por la más segura. Reíanse muchos de oírnos, y ver la satisfaccion con que estábamos en tanta estrechura, que por guardar nuestra clausura, estábamos bien apretadas, tanto, que el mismo don Luis de Mercado, que estaba en la propia casa, no nos vió jamás sin velo, ni ninguno pudo dar señas de nosotras.

26. En esto no hacíamos más de lo que profesamos siempre, mas hacen mucho caso dello en esta tierra. Venian muchas personas de todas suertes á pedir el hábito, y entre más de doscientas que trataron dello, no hallábamos una, que nos pareciese podíamos recibir conforme á nuestras Constituciones, y por esto á muchas no queríamos hablar, y á otras entreteníamos, diciendo, era menester supiesen primero nuestro modo de vivir, y acá probásemos los deseos, y que hasta hallar casa no había lugar para más de las que estábamos. Buscábamosla con harta diligencia, mas ni comprada ni alquilada, no había medio de concertarse ninguna.

27. Yo en este tiempo andaba con algun cuidado de ver la poca ayuda que se nos ofrecia entre esta gente, y todas las veces que lo advertia, me parecia oia lo que dijo Cristo, nuestro Señor, á los Apóstoles: «¿Cuando os envié á predicar sin alforjas y sin zapatos, faltóos algo?» Y mi alma respondia: No por cierto, con una gran confianza de que en lo espiritual y temporal nos proveeria su Majestad muy cumplidamente.

28. Era de arte, que teníamos misas, y sermones de los más afamados sacerdotes y predicadores que aquí había, casi sin procurarlos: gustaban mucho de confesarnos, y saber nuestra vida, y así de la seguridad interior que Dios me daba de que no nos faltaria nada, como fué de una cosa que luégo que aquí vine se me ofreció. Fué, que con gran peso, ó particularidad, oí interiormente aquel versò, que dice: *Scapulis suis obumbrabit tibi, et sub pennis ejus sperabis*. Dí cuenta á mi confesor, que era el padre fray Juan de la Cruz, y al padre maes-

tro Juan Bautista de Ribera de la Compañía de Jesús, con quien comunicaba todo lo que se me ofrecia en confesion y fuera de ella, y á entrambos les pareció ser estas cosas prendas que nuestro Señor daba, de que esta fundacion se hacia muy bien, como hasta ahora, que há cuatro años se ha hecho. Sea su nombre bendito, que en todo este tiempo me afirman las hermanas, que vinieron á la fundacion, traian más presencia y más comunicacion de su Majestad, que habian sentido en toda su vida.

29. Parecíaseles bien en el aprovechamiento con que andaban, y en el que causaban, al dicho de todos, con su ejemplo en los monasterios de monjas que hay aquí. Que del presidente don Pedro de Castro supe habia gran diferencia en ellos despues que venimos, digo en las monjas de otras Ordenes, que hay muchas en Granada. Junto con las mercedes que he dicho nos hacia nuestro Señor gozábamos de una grandísima, que era sentir hacernos compañía la persona de nuestro Señor Jesucristo en el Santísimo Sacramento del altar, de manera, que nos parecia visible el sentir su presencia corporal, y esto era tan general y ordinario, que lo tratábamos entre nosotras, diciendo, que nunca tal efecto parecia nos habia hecho el Santísimo Sacramento, en ninguna parte como aquí, que desde el punto que le pusieron, nos causó este consuelo, y hasta ahora dura en algunas, aunque no tan sensible como en aquellos primeros siete meses.

30. Cuando se cumplieron, hallamos una casa alquilada, donde, sin que lo supiese su dueño, porque la dejó un morador que dentro estaba desembarazada, nos pasó con gran secreto vuestra paternidad, que vino entónces desde Baeza, á trazar nuestra comodidad: no pudo haber más desta, hasta que de ahí á diez meses comenzó nuestro Señor á mover de véras algunas doncellas de las más principales de aquí, que ayudadas de sus confesores, sin licencia de sus padres y deudos, que no habia remedio se la diesen para entrar en Orden tan estrecha, se vinieron en secreto á tomar el hábito.

31. Dímosle en pocos dias á seis con mucha solemnidad, y harta turbacion de sus deudos, y alboroto de la ciudad, que les parecia cosa terrible entrar aquí, y así andaban (segun nos decian muchos) con gran cuidado de guardar sus hijas, por-

que de la primera que recibimos, que es la hermana María de Jesús, se murió su padre, y su madre luégo que entró, y echaron fama que de pena: á ella nunca se le entendió ninguna de haber entrado, sinó mucho contento, y agradecimiento de la merced, que nuestro Señor la hizo en traerla á esta Orden: ha probado muy bien ella, y todas las que entraron, y las demás que despues se han recibido.

32. En profesando, con sus dotes procuramos comprar casa, y aunque se trató de muchas, tanto que se llegó á hacer escrituras de algunas, no hubo remedio de efectuarse la compra, hasta que intentamos tomar la del duque de Sesa, que por las grandes dificultades que para venderse tenía, nos pareció disbarate, querer entrar en ella, y á cuantos lo oían, lo parecía, aunque era la más á propósito, y en el mejor puesto que hay en Granada. Determinéme á tratar della, porque habia más de dos años me afirmó la hermana secretaria, que porque vuestra paternidad verá quién es en la letra, no la nombro, que tres veces le habia dado nuestro Señor á entender se habia de asentar en esta casa del duque el convento, y con tanta certificacion lo entendió, que ninguna cosa sería parte para que dejase de ser, y así se efectuó como vuestra paternidad sabe, y estamos en ella.—*Ana de Jesús*.

#### NUMERO XL.

Carta de la venerable Ana de San Bartolomé, declarando una revelacion de *Santa Teresa* (1).

JESUS

1. Sea con vuestra reverencia, carísimo padre: Despues de haber enviado fuera de casa este pliego, recibí esta de vuestra reverencia; con ella y con las demás que vuestra reverencia

(1) Esta carta, escrita por la venerable Ana de San Bartolomé, secretaria y amiga de Santa Teresa, fué dirigida por ella á fray Luis de la Asuncion, prior del convento de Viena, donde se guardaba en el siglo

me envia me consoló por saber de su disposicion; paréceme es buena, y como yo le deseo que sea muy resinado á su vocacion y á la obediencia, y con esto sea muy mi padre. En lo que vuestra reverencia me manda acerca de la revelacion de los santos de la Orden, es verdad que aquella vision que hubo la Santa, y que no nombra la Orden, era la nuestra; y tambien la Cardona tuvo otra revelacion muy grande, que vió que los campos corrian todos de sangre, y le dijo el Señor, que serían los hijos é hijas de *Teresa* y de San Elías.

2. La otra cosa que vuestra reverencia me manda yo no la oí; podrá ser que sea otra hermana. Yo tenía escrito á fray Andrés un libro de noviciado. Téngale vuestra reverencia, que yo se lo enviaba; mas yo seré contenta, pues se van tan léjos. La carta le puede vuestra reverencia enviar si le parece, y si nó no; quédese á Dios, que se parte de aquí don Diego de Tejada. Ese le encomiendo yo en las oraciones de vuestra reverencia y del reverendo padre prior, que me me tenga por su menor hija. Quédese á Dios, padre mio. De Anvers y 2 de Marzo, y de este convento de Santa Teresa.—Sierva de vuestra reverencia, y pobre carmelita, *Anna de San Bartolomé*.

pasado. Escribióla desde Amberes, donde habia ido á fundar la venerable Ana de San Bartolomé.

El asunto de que trata es la revelacion de que habla Santa Teresa en el cap. 40 y último de su *Vida*. Al estampar ya la nota que entónces puse á la pág. 126, no tenía noticia de esta carta, cuya copia no encontré hasta despues de impreso el libro de la *Vida*. Hallé esta carta en uno de los tomos de *Noticias historiales*, compiladas por fray Andrés de la Encarnacion, que se conservan entre los manuscritos de la Biblioteca Nacional, procedentes del archivo de los Carmelitas Descalzos. No es de letra de dicho padre, y viene en latin y castellano, certificando el prior de Viena que se guardaba allí.

Por el contenido de esta carta se ve, que la revelacion se referia á la Orden del Cármen en general; y, en efecto, despues de la reforma de Santa Teresa ha tenido aquel Instituto muchos mártires, y trabajado mucho contra los herejes, como se ve por sus *Crónicas*.